

EL CREPÚSCULO. PERIÓDICO LITERARIO Y CIENTÍFICO

Nelson Cartagena, Inés González y Pedro Lastra (editores).

Academia Chilena de la Lengua y Universidad de Chile.

Santiago: Ariel, Editorial Planeta, 2011. 687p.

La metáfora lumínica que da nombre a este importante periódico del siglo XIX aún sigue teniendo vigencia, pues los escritos que componen *El Crepúsculo* ofrecen múltiples destellos para iluminar a los lectores del siglo XXI en debates tan actuales como el respeto a la libertad, la búsqueda por la igualdad de derechos de las personas, los problemas para definir el proyecto-nación, la renovación de las formas de la política y el lugar de la educación en la sociedad, entre muchos otros.

Nelson Cartagena, Inés González y Pedro Lastra nos presentan una edición semifacsimilar de *El Crepúsculo. Periódico Literario y Científico*, publicada con la participación de la Academia Chilena de la Lengua y la Universidad de Chile “en homenaje al Bicentenario de la República de Chile”. Este proyecto supera con creces las intenciones conmemorativas de los doscientos años de Independencia, pues constituye un merecido reconocimiento a los más destacados pensadores del siglo XIX en Chile, y un material que favorece el trabajo de los investigadores interesados en el pasado nacional. He aquí el gran aporte de este libro, pues pone a disposición del público un cuerpo de textos fundamentales para la comprensión del pensamiento liberal chileno, en una edición completa y amigable que facilita el acercamiento a una obra que hasta hace muy poco era de acceso restringido.

Por ello, quiero destacar, en primer lugar, la labor de los editores en el rescate del único ejemplar íntegro de *El Crepúsculo*, y el gran esfuerzo destinado a “sacar de la oscuridad” de los archivos de la Biblioteca Nacional este notable periódico que impulsara José Victorino Lastarria entre 1843 y 1844. Creo firmemente que en el gesto inicial que motiva esta publicación puede descifrarse la herencia de aquella generación del XIX preocupada de elaborar una tradición nacional y ofrecer luces para el futuro del país, ya que los editores del presente volumen han adquirido un compromiso mayor con su trabajo y con los lectores al decidirse por una edición “semifacsimilar” y enfrentarse a las dificultades que esto conlleva. Así, se lee en el “Prólogo de los editores” las razones de dicha elección, que responden en una primera instancia a motivos prácticos, pero sobre todo, a una voluntad de favorecer la divulgación de estos escritos y brindar a “la moderna investigación electrónica” las facilidades para estudiarla en detalle.

Recomiendo, entonces, iniciar la lectura con la revisión del “Prólogo”, pues en él se describe minuciosamente el proceso de preparación del libro, los obstáculos que enfrentaron y la forma en que resolvieron los impedimentos técnicos al contar con un presupuesto reducido para esta gran tarea. Además, resulta interesante vislumbrar los criterios de edición que guiaron el trabajo de Nelson Cartagena, Inés González y

Pedro Lastra ya que verificamos el absoluto respeto al texto original y la preocupación por reproducir fielmente el aspecto de *El Crepúsculo* en el registro con exactitud de la ortografía, de los márgenes, de la cantidad de palabras por página e incluso de los errores en la numeración de las hojas. Así, contamos con un volumen de casi setecientas páginas que abarca la totalidad de números publicados entre el 1° de junio de 1843 y el 1° de agosto de 1844, divididos en dos tomos, el primero con doce números y el segundo solo con cuatro, en que cada número se abre con la reproducción de la portada original, la fecha, el número de la publicación y el sumario de contenidos.

El Crepúsculo es un periódico de vital importancia para la comprensión del siglo XIX, ya que en él encontramos algunos textos claves de nuestra historia intelectual, como son los primeros capítulos de la que sería la *Filosofía del Entendimiento* de Andrés Bello, publicada póstumamente en su versión completa; el artículo titulado “Sociabilidad chilena” de Francisco Bilbao, por el cual el autor sería juzgado y sentenciado; y *El mendigo* de José Victorino Lastarria, considerado por gran parte de la crítica como el primer relato chileno. Sin embargo, solo revisando el total de números del periódico logramos captar el profundo acto fundacional que los autores están llevando a cabo con sus escritos, pues como señala el “Prólogo de los editores”, esta publicación corresponde a “una auténtica síntesis de las preocupaciones culturales del período más fecundo de la literatura chilena del siglo XIX” (XXIX).

Resulta necesario hacer hincapié en dichas “preocupaciones”, señaladas, por lo demás, de forma explícita en el “Prospecto” incluido en el primer número del periódico, pues marca una diferencia notable con otras publicaciones de la época, en tanto *El Crepúsculo* define una línea editorial más acotada que promueve principalmente “ensayos literarios y algunos artículos científicos, porque está destinado a ser el depósito de nuestros primeros progresos intelectuales” (Tomo 1, 2). En esta declaración inicial ya se evidencia la conciencia de estar forjando el futuro de la nación, así como aquella concepción propia de los liberales, de experimentar una ruptura con el pasado y el nacimiento de un nuevo periodo fruto del quiebre radical con la herencia colonial. Esta noción también guía gran parte de las discusiones desarrolladas al interior, pues se identifica el legado español con la oscuridad, la esclavitud y la ignorancia y se declara la independencia como el punto de partida de un país sin tradición. Dichas imágenes asociadas al mundo feudal definen la elaboración de una identidad por negación u oposición y dan motivo al título del periódico: “*El Crepúsculo*, llamado así porque va a ser el cuadro de los primeros albores de las ciencias y de la literatura en Chile” (Tomo 1, 2-3). Además, el espíritu fundacional circula vivamente entre las páginas de nuestra publicación, ante lo cual podríamos fechar en 1842 la inauguración simbólica del periódico con el “Discurso de Incorporación a una Sociedad Literaria” emitido por Lastarria, ya que se advierte en *El Crepúsculo* la intención de formar una literatura nacional como vía para fundar nación y una predominante concepción de la literatura como “expresión de la sociedad”.

El “Boletín dramático” de Francisco de Paula Matta (F. de P. Matta) es un claro ejemplo de la conciencia generacional y misión conjunta que reúne a este grupo de autores en torno a un destino común, pues con la excusa de dar “más bien una ojeada breve y filosófica, que una crítica severa y apasionada” (Tomo 1, p. 99) al teatro de Santiago, el autor examina el proceso de independencia en que se revela la “debilidad” del pasado nacional que “carece de tradición” (Tomo 1, p. 100) y declara la urgencia de Chile de “imitar” para “progresar”. Además, define una funcionalidad del teatro que trasciende la “diversión pasajera”, pues es “una necesidad real que arrastra al literato y al que no lo es” (Tomo 1, p. 99-100) y se muestra acorde al “Discurso” de Lastarria cuando en su crítica a *Hernani*, de Victor Hugo, expone:

El drama es particularmente donde se refleja la sociedad, donde se manifiesta lo interior y exterior de ella, el corazón y los sentidos, el sentimiento y las causas que los producen. Para llegar a este estado le ha sido preciso pasar por mil formas, y de exclusivo que era en los primeros tiempos, llegar a ser hoy libre y tolerante, porque ahora el drama es el hombre, la sociedad, en una palabra la libertad (Tomo 1, 17)

Y aquí tocamos otro punto central de este periódico que dice relación con la selección de autores citados, imitados y traducidos, pues descubrimos en dicho repertorio la instauración de un canon de lecturas para el público y el reconocimiento de una tradición, preferentemente francesa, en la que estos autores se inscriben. Hugo, Lamartine, Dumas y Espronceda son los nombres que abundan entre las páginas de *El Crepúsculo* y componen el coro de firmas que sella la “autoría de tendencia romántica” en conjunto con la de los escritores locales, pues la firma del autor de cada poema, ensayo y relato cobra especial importancia en esta publicación, hecho inusual en las costumbres de la prensa periódica de la época, y que revela una fuerte conciencia de estar sentando las bases de la primera generación de escritores nacionales.

El mismo Andrés Bello publica dos poemas como “imitación de Victor Hugo”, los cuales se titulan “La oración por todos” y “Moisés salvado de las aguas”, así como Jacinto Chacón realiza escritos poéticos imitando a Lamartine en textos como “La Humanidad”, “La Providencia al hombre” y “El Occidente”. De esta forma, *El Crepúsculo* se erige como tribuna elocuente para la difusión de creaciones inspiradas en modelos extranjeros u originales, entre las que se encuentran también poemas de Juan Bello, Hermógenes de Irisarri, Francisco Solano Astaburuaga, Andrés Chacón, Carlos Bello, Santiago Lindsay, Juan Nepomuceno Espejo, Francisco de Paula Matta y las dos composiciones escritas por Mercedes Marín del Solar y firmadas con el seudónimo de la Señorita M.

El tomo I, a su vez, incorpora los relatos “Jorge” y “Don Martín de Gómez” de S. Lindsay, “Los dos puñales” de Cristóbal Valdés y el ya nombrado “El mendigo” de José Victorino Lastarria. Tanto “Jorge” como “Los dos puñales” desarrollan gran

parte de su intriga en territorio chileno, acogándose a los postulados del “Discurso” de Lastarria, aunque sin mayor éxito. Pero es en “El mendigo”, también llamada “novela histórica orijinal” donde se vislumbran las más claras intenciones de una creación adaptada a la realidad local, puesto que no solo las escenas transcurren en paisajes nacionales, como las orillas del Mapocho o La Serena, sino que también el protagonista se ve inmerso en episodios históricos alusivos a la independencia nacional, tales como la Batalla de Rancagua. Sin embargo, creemos que esta primera tentativa de Lastarria para poner en práctica sus propias definiciones para una literatura nacional resulta en cierto grado fallida por cuanto el contexto no aparece del todo imbricado en la anécdota y los detalles históricos solo parecen excusas secundarias frente a la trama amorosa-folletinesca.

Esta conciencia respecto a la necesidad de reconstruir la historia nacional es otra condición común al total de escritos de *El Crepúsculo* que se verifica, por ejemplo, en la mirada reprobatoria sobre la figura de Portales y la dedicación de textos biográficos a Manuel Rodríguez y el Abate Molina. La “Galería de hombres célebres” corresponde a una sección en que se publicaría “la biografía de los principales personajes de nuestra revolución, como también de la americana, siempre que los datos que podamos adquirir sean bastantes a marchar con seguridad en nuestro propósito” (Tomo 1, 197). Aunque sabemos que el periódico fue interrumpido abruptamente en 1844 a causa del juicio a Francisco Bilbao, razón por la cual desconocemos el nombre de otros personajes que habrían merecido una nota por sus hazañas, la elección de Rodríguez como la figura que abre la “Galería” es decidora respecto al catálogo de héroes nacionales que se desea erigir, y devela la intención de construir la otra memoria/historia de la Independencia, pues se le llama, además, “O ilustre víctima, padre de la patria” (Tomo 1, 209).

Esta arraigada responsabilidad por fundar la tradición y la historia, no es más que otra forma de pensar el futuro de la nación, tarea a la que están comprometidamente dedicados este grupo de intelectuales. Así, el 18 de septiembre de 1843 sale a la luz el N°5 de *El Crepúsculo* y Lastarria, consciente de estar viviendo un momento de transición, escribe en “Una palabra sobre el día de la Patria”:

[...] la ilustración disputa palmo a palmo el terreno a la ignorancia; y la libertad, la igualdad, la democracia en fin se propagan sin estrépito, y penetran como el azogue en todos los poros de nuestra sociedad: lo antiguo se desgaja como un edificio carcomido por el tiempo, en cada instante muere para siempre una idea de las que servían de sostén al sistema de los reyes, y nace en su lugar otra que viene a robustecer la base del gobierno democrático y a preparar nuestra prosperidad futura. (195-196)

Palabras como democracia, libertad, igualdad proliferan entre las páginas del periódico, y para completar la misión asumida como intelectuales deseosos de abrir el debate público en un medio de prensa, emergen textos fundamentales como son

las “Observaciones sobre la educación de las mujeres” de J.N. Espejo, “Oposición parlamentaria” de Lastarria, la traducción incluida en el Tomo 2 del “Discurso sobre la abolición de la pena de muerte” de Alfonso Lamartine, y por supuesto, el polémico “Sociabilidad chilena” de Francisco Bilbao. Todos estos escritos reflejan el espíritu liberal anhelante de impulsar la educación como principio para la “emancipación de las conciencias”, y en consecuencia, como vía para alcanzar la libertad y construir un pensamiento propio que desemboque en instituciones acordes a nuestro contexto local, respetuosas de las libertades individuales y que trabajen en pos de la armonía social y el progreso; escritos que tienen como destino común la búsqueda del Estado Secular Moderno y la limitación del poder de la autoridad que atente contra los derechos del pueblo. Bilbao, quien es además el más radical de los liberales, aludirá en varias ocasiones a la revolución como “destrucción de la síntesis pasada y el entronizamiento de la síntesis moderna” (Tomo 2, 73) y asimilará la educación con el cultivo de la conciencia individual y de la libertad, aduciendo que solo “la educación libre es revolucionaria” (Tomo 2, 81).

Pero la desfavorable recepción de “Sociabilidad chilena” y la consecuente acusación de “blasfemia, sedición e inmoralidad”, ponen en evidencia el poderoso arraigo del modelo feudal español en nuestra realidad económica, social y política, y pone fin a la divulgación extendida de un periódico tan significativo como *El Crepúsculo* para el florecimiento fecundo del ideario liberal en el pensamiento nacional. Sin embargo, la voz de Bilbao y su figura revolucionaria, la letra y temperamento liberal de Lastarria y de otros integrantes de la generación del 42, así como el importante legado del más moderado Bello, reciben aún hoy la denominación de “innovadores” que el mismo Francisco Bilbao se diera en su defensa. Así, la ardua labor de Nelson Cartagena, Inés González y Pedro Lastra para ofrecernos esta edición semifacsimilar de *El Crepúsculo*, no es sino una forma de hacer justicia ante la súbita clausura del periódico y homenajear a este notable grupo de intelectuales en un gesto que no es otra cosa que la actualización de las palabras de Bilbao: “La historia nos presenta siempre a los innovadores como ídolos; a los retrógrados, nos los pinta como la serpiente que muerde el pie del viajero en su camino” (Tomo 2, 93).

Repasar las páginas de *El Crepúsculo* es revivir la obra de Bello, Lastarria, Bilbao y demás representantes del pensamiento crítico chileno, pero es también aproximarse a la experiencia colectiva de una generación que tuvo conciencia de estar forjando el futuro, de estar viviendo un momento de transición, de estar escribiendo la propia historia del país. Por todo ello, y reconociendo el influjo aún vigente de estos grandes pensadores del siglo XIX chileno, es que invito, en el marco de la coyuntura actual por la crisis de la educación chilena, a la lectura de este fascinante periódico que posicionó a la ciencia y la literatura en el centro de sus debates y erigió desde la intelectualidad emergente respuestas posibles para pensar un mejor futuro.

Florencia Henríquez C.
Universidad de Chile